

la tierra igual gemido ni visto desgarrarse un corazón de tal manera desde el descendimiento del Gólgota.

La reforma ha opuesto sus doctores á los doctores de Roma, sus ejércitos á otros ejércitos, Gustavo Adolfo á Wallenstein: pero ¿cómo no ha vencido nunca ese grito de angustia partido del Gólgota del siglo XVI? En donde ha mostrado más fuego interior, más amor inextinguible que la Santa española? Ese sólo corazón que no puede superar, muestra anticipadamente que su victoria no será nunca completa. Porque el grito de ese alma herida con flechas de fuego (1), es el grito de la tierra y del cielo del Mediodía, es el grito de la pasión, del hambre de amor que constituye en el fondo el génio de la Europa meridional y que, elevándose á su más pura potencia, lanzaba al protestantismo el desafío de igualarle. Cuando todo propendia á la cólera, inquisidores, dominicos, jesuitas, una mujer se adhiere obstinadamente á una visión de amor divino: con esta constante aspiración en que la reforma la sigue con trabajo, hace tanto como los ejércitos.

Entre el Norte y el Mediodía, la cuestión era el saber quien tenía más caridad, más amor. Santa Teresa echó sola en la balanza mayor cantidad de oro puro que juntos todos los doctores de la Santa Sede.

¿Pregúntase, qué haría hoy la mujer que tu-

(1) Como si viniese una saeta de fuego.

viera el génio divino de la Española? ¿Qué empleo deja la sociedad moderna á esos sublimes caracteres? Nos inclinamos á pensar que no es esta época oportuna para ellos: no sabemos como un santo pensamiento radia á lo lejos, aun permaneciendo oculto, como la lámpara del hogar, por caminos desconocidos. No creemos más que en los efectos inmediatos. Y sin embargo, ¿quién sabe lo que una nueva Santa Teresa encontraría en estos novísimos tiempos de disputa; qué grito no podría exhalar, qué piedad maternal no se apoderaría de ella! Aunque se recogiese en una celda más retirada que la del monasterio de Avila, su alma acabaría por atravesar las murallas; sentiríase su influencia, sin saber de donde procedía.

Hé aquí, pues, la respuesta del catolicismo á la reforma en el país más dispuesto á combatirla: se le creía abatido, y reaparece en su energía primitiva. Italia resiste con el anatema. La confesión de Ausburgo se estrella en el Concilio de Trento, las visiones de Santa Teresa en la lógica de Calvino, el jesuitismo en el puritanismo; ya sólo resta abandonar su discusión y precipitarse en las espantosas guerras de Francia y Alemania.

El que no mire en medio de ese caos más que las disputas teológicas, las matanzas, las hogueras, debe pensar que la reforma asaltada con violencia imprevista vá á desaparecer. Cesa la discusión por la palabra; no se reprodu-

cen los brillantes monumentos de la primera época de los reformadores; hay un instante de silencio en el protestantismo, como si fuese á anegarse en su sangre. Pero ese silencio es el grano que germina en una tierra poderosa. El catolicismo cae entonces en una ilusión irremediable: aglomera libros sobre libros, refutaciones sobre refutaciones; cree que ha vencido, y lo cree precisamente en el momento en que vé revestirse al protestantismo de instituciones inespugnables, en que sus libros son revoluciones. La república de Holanda, la de Ginebra, la revolucion de Inglaterra, la Constitucion de los Estados-Unidos, todas estas instituciones que informa en su espíritu, son una co-razza en que se embotan las armas de la Iglesia de la Edad-media: elévase á una forma de gobierno más cristiano en el ideal católico, y subiendo un grado más arriba en la escala de la política de Dios, se rie de los anatemas del Concilio de Trento.

En efecto, como hemos mostrado en *El Ultramontanismo*, la constitucion de la Iglesia católica establecida por este Concilio es el ideal del poder absoluto. Sobre este modelo se han formado y desenvuelto las monarquías católicas del Mediodía desde hace tres siglos. ¿Qué son, por el contrario, esas formas nuevas aplicadas en Europa, Ginebra, Holanda, la revolucion inglesa, sino el protestantismo mismo que llega á ser el alma del poder temporal? Los doctores

católicos disputan contra individuos; afirman que si hubieran quemado tal libro, refutado tal página, destruido la fama de tal autor, habrian conseguido la desaparicion de la reforma; no ven que esa reforma entraba de tal suerte en los designios de la Providencia que, para preservarla de su cólera, la hizo el alma y el fundamento de nuevas sociedades.

No hay más que un medio de destruir el protestantismo, y es el de luchar con él, no por la controversia, no con sermones, sino con obras vivientes que dan la medida del espíritu que las crea.

Quereis refutar la reforma, está bien, es mas, no creo que sea ella la última palabra de las cosas. Dejad en paz á Lutero, á Calvino, levantad en cualquier parte una sociedad más libre que Inglaterra, más francamente democrática que los Estados-Unidos, más universal que la Francia de la revolucion: hé aquí á lo que estais obligados: los libros reformistas del siglo diez y seis están escritos hoy en caracteres vivientes. ¿Pensais borrarlos con tinta? Bossuet es elocuente, pero la revolucion de Inglaterra es aún más elocuente que él.

¿Quién no reconoce, en efecto, en las instituciones salidas de esa revolucion el alma del protestantismo en el seno de una sociedad feudal? ¿No es la carta la Biblia política ánte la cual se detiene la discusion? Ese espíritu de rebeldía que parece querer trastornarlo todo y que no

va sino á inclinarse ante el libro de la ley, esa apariencia de rebelion que hace resalte más la obediencia, esa consagracion de los derechos del individuo, ese hogar doméstico respetado de igual manera que el templo, esa predestinacion de felicidad y de desgracia que concilia la desigualdad con la libertad, esas garantías de la libertad de la prensa que no son sino la consecuencia del derecho de exámen; en fin, la monarquía truncada, decapitada como el papado, no son estos, detalle por detalle, los dogmas de los primeros reformadores?

Montesquieu penetra en los bosques de los gérmanos, para encontrar la explicacion de la Constitucion de Iglaterra; pero es indudable que este misterio se halla escrito en el ideal de la Iglesia anglicana. La revolucion de Inglaterra, como la reforma, parece tender ménos hácia el porvenir que á un pasado inaccesible; los ingleses buscan la libertad, como la religion, remontándose á su cuna, no anticipando el mañana, y con arreglo al espíritu de Calvino, su religion ofrece el carácter particular de que los más exaltados se proponen ménos plantear un órden desconocido que restaurar una felicidad olvidada en la *vieja Inglaterra*.

Añadamos esta observacion importante: la reforma habia disminuido la solidaridad entre los hombres; las obras, los méritos de uno no servian para otro; cada uno estaba encargado, por decirlo así, del cuidado de sí mismo. Este ca-

rácter se encuentra íntegro en la revolucion británica. En medio del mayor fervor de los partidos, nadie piensa extender la vida nueva á los pueblos extraños. El volcan se apaga en el océano: no comunica su fuego al resto del mundo. Parece un cisma político en la humanidad; todo lo contrario de la revolucion universal y verdaderamente católica (1) de Francia.

Por otra parte, para juzgar la lucha del catolicismo moderno y del protestantismo es necesario salir de Europa. Aquí, los establecimientos antiguos, las costumbres, embarazaban á ámbos en sus movimientos. La Providencia los llama á un campo cerrado mucho más vasto, en el que rodeado cada uno de sus obras, no será juzgado sino por ellas. La Iglesia de la Edad-media y la reforma hallaron en América un mundo entero en que medir sus fuerzas. ¡Duelo que tiene á la tierra y al cielo por testigos! Algunos hombres arriban aisladamente á la playa de la América del Norte, pobres, sin nombre, sin pasado, sólo llevan consigo un libro, la Biblia, le abren en la ribera y comienzan inmediatamente á edificar la ciudad nueva sobre el plan del libro restituido por Lutero.

El principio protestante se realiza con lógica maravillosa; y es verdaderamente extraño que muchos de los escritores que, entre nosotros, han tratado de la democracia en América, no ha-

(1) En el sentido literal.

yan visto en sus instituciones sino la influencia vaga de la religion en general. Esas instituciones llevan exclusivamente el sello de la reforma. Cada uno de sus fundadores penetra solo, aislado en el fondo de las selvas; es allí, por decirlo así, el rey de un mundo; no depende más que de sí mismo en el universo físico y en el moral; envuelvenlo la naturaleza y la Biblia. En esa inmensidad es él mismo una Iglesia; artesano, rey y sacerdote á la vez, bautiza á sus hijos, bendice su casamiento; poco á poco otros soberanos se acercan, sin saberlo, á sus dominios; las lagunas se llenan; la cabaña se convierte en aldea, la aldea en ciudad; fórmase la sociedad sin que el individuo ceda nada de su poder: espectáculo que no se ha visto dos veces en el mundo. El Evangelio es el contrato primitivo que hace de esos solitarios los ciudadanos de una República de iguales; la autoridad que todos se atribuyen acerca de la creencia conduce necesariamente á la soberanía del pueblo en materia política. ¿Cómo el que es soberano en el dogma no lo sería en el gobierno? Todos tienen su voto en la ciudad de Dios y en la ciudad del hombre; esa libertad que engendra las sectas, tiene por forma necesaria la confederacion.

Así la sociedad de los Estados-Unidos encierra en su seno la fuerza que da la lógica absoluta de un principio. Los europeos que no poseen el secreto de esa organizacion y desconocen su base sagrada, deciden de todo con arreglo á

las fórmulas antiguas. Al menor movimiento que les choca, repiten el antiguo adagio de que la forma republicana no es posible sino en pueblos de mediana extension, y á seguida profetizan que mañana ó pasado mañana los Estados-Unidos recaerán en la antigua monarquía. Pero sin curarse de estas advertencias, la América del Norte siente que no está edificada sobre arena ni descansa en una convencion vaga y arbitraria; que el gérmen de ese gran árbol social que en ella echó sus raices y se desenvuelve libremente, es un principio positivo, el protestantismo, y que en tanto no se le extirpe ó reemplace con la gerarquía católica, la vida republicana puede dilatarse y crecer sin límites.

¡Observad al mismo tiempo la calma y la audacia de esos hombres! En su imperio naciente se encuentra á la vez la fogosidad de Luter y la frialdad de Calvino. ¡Qué intrepidez para lanzarse en ese infinito visible, en alejar cada vez más los límites, en domar las hidras de los bosques! ¡Trabajo de Hércules cumplido por espíritus cristianos! ¡Santidad del trabajo del hombre ocupado en domar un hemisferio! Todo un imperio se hace artesano; el taller es un nuevo universo; los instrumentos son los rios; Cristo vuelve á ser carpintero.

Escuchad el ruido de su hacha; abate la encina primitiva en medio del bosque nunca hollado. El sudor inunda su frente. Todo el mundo cree que sólo está ocupado con el cartabon y el

compás. Construye con gran trabajo cerca del torrente una cabaña desconocida: apenas si el viajero se digna volver la cabeza hácia esa humilde morada, en que el ruido del hacha y del martillo se confunde con el canto de un salmo. Pero si algunos años despues pasa por el mismo sitio, vé alzarse allí en lugar de la cabaña un poderoso imperio por una especie de milagro social. El carpintero se ha convertido en el fundador de un mundo.

En esa América del Norte que tan material se nos pinta, veo al escritor mas idealista de nuestros tiempos. Comparad las fórmulas frecuentemente alejandrinas de la filosofía alemana, con la inspiracion, el vuelo moral de Emerson. Una filosofía virgen debia nacer en esos bosques vírgenes, y ya comienza á dibujarse. El hombre á quien acabo de nombrar, basta para demostrar que atrevidos *gastadores* se empeñan en América en la investigacion de lo verdadero en el mundo moral. Lo que publicamos aquí desde lo alto de las ruinas del pasado frecuentemente lo publican ellos en la soledad de la naturaleza. ¿Qué quieren decir esas voces que se conciertan sin conocerse á través del océano? Al dejar el pasado no nos hemos extraviado ni unos ni otros en una isla desierta. Hé aquí sobre la arena no hollada del nuevo mundo, los pasos de un hombre que se dirige al porvenir por el mismo camino que nosotros.

En esa gran liza abierta entre dos religiones,

el catolicismo del Concilio de Trento recibió para desenvolverse la América del Sur. Los fundadores no son aquí individuos aislados; son, por el contrario, segun el principio católico, asociaciones formadas anteriormente, un imperio poderoso que armado de todas armas, toma posesion del suelo. España con su Iglesia, con su autoridad, con sus ejércitos, se establece en América: para que el ejemplo sea mas elocuente, por una parte, el pueblo que ocupa ese teatro es el brazo derecho del catolicismo; por otra, la comarca que se le concede es la más favorecida por el Creador. Valles, llanuras inmensas parecen llamar la vida que debe hacer germinar imperios poderosos. A fin de que la experiencia sea más decisiva, no se permitirá la aproximacion á esas riberas sino al catolicismo; (1) la civilizacion de los indígenas le hubiera quizás contrariado; desaparece.

Queda sólo una naturaleza potente que en su soledad invita al hombre á coronarla de vastos pensamientos, de proyectos, de innovaciones, de sociedades, de monarquías gigantescas como ella; pero el hombre permanece inmóvil, una fuerza invisible ata sus brazos.

Su pensamiento no se eleva, no se engrande-

(1) Segun el censo de 1796, de los seis millones de Indios del Perú cinco millones y medio habian sido destruidos: hoy el catolicismo tiende á la conservacion de los indígenas.

ce en ese molde nuevo que se abre para recibirle. Tres siglos pasan, y todo enmudece en torno suyo. En medio de las selvas vírgenes ni un pensamiento brilla en una institucion, en una obra, ni siquiera en un libro. (1) La brisa matinal del universo refresca la frente del hombre, y no puede reanimar á ese anciano. ¿Qué son esas cunas de Imperios, Méjico, Rio-Janeiro, Buenos-Aires, Lima, (2) que desde el primer día ostentan las arrugas de Byzancio? Solo Chile (3) parece guardar aún el alma de los antiguos arau-

(1) Estaba prohibido imprimir cualquier libro, incluso los de devocion. (Lastarria, pág. 42.)

(2) En 1706 una ordenanza de Lima prohibió á los negros, á los mulatos, á los mestizos y á los indios comerciar, traficar, vender en las calles por la consideracion de que «no sería decoroso que esa clase de gentes se igualase á los que han elegido dichas profesiones, siendo necesario reducirles á las ocupaciones mecánicas puesto que no son propios para otras.»

(3) Tengo á la vista un párrafo lleno de elevacion y de lógica sobre las relaciones de la Iglesia y del Estado en Chile, del folleto *Sociabilidad Chilena* de Francisco Bilbao. Es verdad que dicho folleto ha sido condenado como herético por los Tribunales de Chile. Esas pocas páginas bastan por sí solas para mostrar que, apesar de todas las trabas, se empieza á pensar con vigor al otro lado de las cordilleras; *el bautismo de la palabra nueva*, he aquí una frase que ha debido sorprender en un escrito publicado en los confines de las Pampas.

canos del poema de Ercilla. ¿Qué significa ese prodigio de esterilidad en un mundo nuevo, sino que la idea implantada en él habia dado ya todos sus frutos en otra parte; que el catolicismo esencialmente conservador desde hace tres siglos habia dejado de resistir la fuerza impulsiva del espíritu de creacion, que era incapaz de difundir en adelante en los vastos océanos el verbo que engendra un nuevo mundo social, que su alma prisionera en las catedrales de la Edad-media carecia de la fuerza de su tempestad divina, para purificar el cáos y bautizar los continentes?

¿Qué no habia hecho en su juventud en los abruptos bosques de Germania, de las Galias, de Bretaña! ¿Qué catedrales no habia sabido extraer de las montañas! ¿Qué gritos, qué palabras no habia arrancado á las piedras! ¿Cómo no habia plegado esta naturaleza á su imágen! Y héle aquí ahora trasportado á una naturaleza sin mancha que recordaba los primeros eremitas, los S. Pablo, los S. Antonio, los S. Atanasio de los primeros tiempos. Ve este mundo immaculado y y no lo comprende. Siéntase inmóvil á la orilla de los grandes rios, teniendo solo recuerdos en un mundo que carece de pasado, no sabiendo como asociarse á tanta juventud, renunciando bien pronto á ella, rehaciendo al pié de las cordilleras lo que hiciera en otro tiempo con los merovingios, sin que el coro de adoracion que emana de tantas criaturas nuevas añada un

acento, una forma, una nota á su liturgia, y pareciendo repetir á cada palabra: es tarde, es muy tarde para amar, celebrar, abrazar las obras salidas ayer puras y vivas de las manos del Dios siempre vivo.

¿Quereis averiguar la causa del mal extraño que devoran las instituciones de la América del Sur? Pues, segun lo que acabo de decir, no es difícil descubrirlo. Ese mal es la contradicción. De un lado, la religion del Estado, el catolicismo del Concilio de Trento, hace gravitar sobre esos pueblos el ideal del gobierno absoluto de Felipe II. De otro, el soplo de la América del Norte y de Francia ha llegado hasta ellos, atormentándolos con un deseo inextinguible de libertad. ¿Qué resulta del choque de estas fuerzas opuestas? Que esos pueblos se agitan con un movimiento desesperado; que hagan lo que quieran, acaban por realizar inevitablemente en la política el ideal escrito en la religion del Estado, es decir, el poder absoluto. Todo lo que pueden conseguir es cambiar de dictadores. Véase que las Repúblicas no logran mas que agravar su servidumbre. ¡Suplicio nuevo! La América del Sur, echada á la sombra de un vasto manzanillo, recibe la letárgica influencia de este árbol, cuyo tronco y raices son para ella invisibles, porque están en otro continente.

Sin embargo, ¿quién osará decir que esas dos religiones, el catolicismo y la reforma, no han sido puestas una enfrente de otra sino por vano

espectáculo? Si cada una ha recibido todo un mundo, ¿no será este un signo de que ninguna vencerá en absoluto y que el destino de ámbas es fundirse en una unidad más alta, en que el entusiasmo de Santa Teresa se concilie con el razonamiento de Calvino, en que el corazón y la cabeza se entiendan nuevamente? El ideal de Cristóbal Colon reunia los dos polos del pensamiento humano, la rectitud de los geómetras, el fuego interior de los profetas, y la libertad de los espíritus disidentes, y del mismo modo que en el pasado los misioneros comunicaban su espíritu particular á la comarca á donde eran enviados, que Orfeo legaba su alma de artista á Grecia, San Pablo su espíritu de discusión á la Iglesia de Asia, San Pedro su espíritu de autoridad á la Iglesia romana, ¿no es dable pensar que la gran alma de Cristóbal Colon, que contenía á la vez á Roma y Ginebra, la ortodoxia y la herejía, el Norte y el Mediodía, será tarde ó temprano el principio vital de la Iglesia del Nuevo mundo? La herejía de Cristóbal Colon, más verdadera que la antigua ortodoxia, es el grano de vida sembrado en el surco del porvenir: tarde ó temprano, la sociedad, dilatándose, se asemejará á su germen.

No se ha alcanzado todavía la unidad moral que Cristóbal Colon buscaba en su carabela, pero desde entonces no ha cesado de aproximarse la ribera de la alianza. El mundo social flota hoy impaciente por tocar la playa en que los presen-

timientos deben realizarse. Algunos gritan ya, ¡Tierra!, y frecuentemente es una nube. Entonces la multitud desespera; pide volver al pasado, á los dominios de la antigua Iglesia. Otros aperciben pájaros viajeros, yerbas marinas y quisieran desviarse á cada uno de estos signos; pero un soplo inexorable hincha las velas del navío que no puede retroceder; el corazón más insignificante que late lo precipita tanto como un golpe de remo; marcha, abre su surco, avanza, Dios le guía al puerto.

CONFERENCIA XII.

LA IGLESIA GALICANA Y LA IGLESIA DEL PORVENIR

La Iglesia derriba á la Iglesia.—Francia católica desconfía del catolicismo.—Política sagrada de Bossuet: la Carta del poder absoluto.—¿Cuál es el signo de un gobierno legítimo y cristiano?—Una Eucaristía social.—Las libertades galicanas y el futuro Concilio; una servidumbre disimulada.—El papado da al siglo diez y ocho la señal de toda negación.—La bula *Unigénitus*.—El Cristianismo negado por la Santa Sede.—La guerra civil en la Iglesia: Bossuet y Fenelon.—Necesidad de otro ideal.—¿Es católica la literatura francesa?—Su comparación con la española.—La filosofía legitimada por la Iglesia.—Falsa pasión del espíritu cristiano en el siglo diez y ocho.

En esa crisis que divide al mundo entre el catolicismo y la reforma, cuando cada uno hace su elección, y se vé á Francia decidirse por la Iglesia de la Edad-media despues de algunas vacilaciones, adherirse á ella con furor en la liga, con reflexión en el siglo diez y siete, se debe temer que este país no se cierre para siempre las puertas del progreso. Encerrándose en el círculo de España y de Italia ¿no se condena inevitable-